

IDENTIDAD - MISMIIDAD
LAS PARADOJAS DEL YO

Alberto Loschi

“Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo, el yo tiene que ser desarrollado”.

“Originariamente el yo lo contiene todo; más tarde desprende de sí un mundo exterior”.

Las dos frases, contradictorias entre sí, pertenecen a Freud, aunque corresponden a distintas épocas. Significa esto un cambio en la concepción del yo que lleva a que una de ellas sea tenida por verdadera y la otra, por ende, falsa?. Desde ya nada hay en Freud que indique algo así. Corresponde entonces tomar ambas como verdaderas?. Desde la lógica formal ello implicaría transgredir a la vez el principio de identidad, el de no contradicción y el de tercio excluso. No tenemos prejuicios en cuanto a aceptar ese tipo de

transgresiones, pero acá creemos que se trata de otra cosa. La transgresión no hay que adjudicársela a Freud sino al yo. Ocurre que dentro de la polisemia y complejidad de sentidos que toma la forma 'yo', está, como uno de los principales, el de ser una referencia al sí mismo, a la identidad, y, curiosamente - en casa de herrero cuchillo de palo-, el yo como asiento de la identidad es de lo que peor se adapta al principio de identidad. Volviendo a las frases, no se trata entonces de 'dos Freud' sino de dos yo. Fidas Cesio (1) resolvió esta cuestión, en su artículo del número anterior, hablando de un yo originario, fetal y un yo postnatal. Este último es el que debe desarrollarse, en cuanto al primero, originario, de él se desprende un mundo exterior (y, siguiendo la misma lógica, también se desprende un ello, un yo y un superyo). Creemos importante considerar esta perspectiva en la que el ello aparece como producto de una suerte de apres-coup; es desde el yo 'postnatal' que se puede hablar de un ello.

Hecho este preámbulo vayamos al problema de la relación del yo con la identidad. Para esta cuestión nos circunscribiremos al segundo yo, el que debe desarrollarse. Podría pensarse que ahora

las cosas se simplifican -nos quedamos con un solo yo-, pero, hete aquí que vuelve a duplicarse.

La Estructura de la Identidad

Clásicamente se define al yo como producto de la identificación con un otro. Winnicott lo expresa bien cuando dice que el bebé se ve a sí mismo desde los ojos de la madre. Como lo señalamos en otro lugar tal identificación comprende y está constituida por dos lugares: el lugar **en** que se identifica (la imagen) y el lugar **desde** donde se identifica. En nuestra comprensión, el primero, de orden imaginario, queda relacionado con el yo ideal y el segundo, su sostén simbólico, con el ideal del yo. Se requiere un soporte simbólico para formar y sostener la imagen tanto como es necesaria una 'madre' para formar y sostener un 'bebé'. La identificación se apoya en estos dos pilares. Nos parece interesante esta manera de considerar la dupla yo ideal-ideal del yo como componentes de la identificación (entre los cuales por otra parte pueden guardar distintas relaciones y proporciones).

Así decíamos en un trabajo anterior: "**Encontramos en ella** (la identificación) **dos lugares que nos parece importante discriminar. Por un lado está el lugar donde se ve, por otro el lugar desde donde se mira -los ojos de la madre-. ...esta imagen** (lugar donde se ve -yo ideal) **debe ser sustentada desde otro lugar: la mirada de la madre** (ideal del yo). **Se ve (en la imagen) desde la mirada de la madre. ...la percepción le da cualidad a una imagen -el deseo- en la que me reconozco.**". En aquel trabajo relacionamos dicha imagen con la que forma parte de lo que Freud llama "huella mnémica de experiencia de satisfacción". En tal sentido esta identificación, que configura un núcleo del yo (el que se debe desarrollar), no es tanto a un objeto como a una relación entre dos objetos -mamá-bebé-, que luego, como explica Cesio (1) en el trabajo mencionado, quedarán representados por las formas **yo-me**. Entendemos que esta estructura es la que está presente en el concepto de Freud de **identidad de percepción**. La percepción busca la correspondencia con la imagen de satisfacción: **en esa imagen encuentro identidad, 'yo me veo en la imagen'**. Esta imagen de placer, que guarda relación con el deseo, es la que da consistencia identitaria al **me** (imagen) y va configurando el espectro de los objetos perceptibles;

todo lo que forma nuestro mundo perceptual adquiere sentido en relación a esta imagen. La desmentida, concepto muy posterior, tendería a resguardar esta identidad perceptiva, que da consistencia identitaria al yo.

Toda esta organización psíquica se rige a partir de una primera inscripción: **la imagen de satisfacción**. De la misma retengamos que establece dos lugares, que luego ocuparán **yo** y **me**. Estos dos lugares tienen un papel importante en la configuración de los fantasmas inconscientes, **fantasmas** que serán una suerte de cristal con el que nos representamos una **imagen de mundo**, la cual influirá en conformar nuestra **realidad**.

Hay luego una segunda inscripción: **la palabra oída**, que da lugar al pasaje de la percepción al pensamiento, de la madre al padre, como dice Freud en "Moisés y la religión monoteísta". En esta otra organización ya no domina tanto la percepción como la conciencia y el yo defiende su posición mediante la represión. Desmentida y represión tienden a sostener la identidad del yo. Identidad de percepción en un caso, identidad de pensamiento en el otro. Dice Freud, en el cap. VIII de "Esquema del psicoanálisis", que el yo "tramita las **exigencias pulsionales desagradables** mediante las

llamadas **represiones...y...de una admonición del mundo exterior sentida como penosa...mediante la desmentida de las percepciones** que anotician de ese reclamo de la realidad objetiva”(los destacados son nuestros).

En otro lugar hemos desarrollado estos tópicos con más detalle, razón por la cual ahora nos limitamos a un breve recordatorio. Para ampliar sobre los mismos se puede consultar “La Identidad de Acción” (4) y “Yo Dolor” (5). También allí nos hemos ocupado en extenso de la diferencias que adjudicamos a estas dos formas de organización que adscribimos a la identidad de percepción y a la identidad de pensamiento. Queremos ahora referirnos a lo que tienen en común: el resguardo de la identidad y lo que eso conlleva como implicancia.

El Sentimiento de Sí - Reconocimiento de la Identidad

Recién esbozamos cómo se configura la estructura en la que se sostiene la identidad (y en seguida lo ampliaremos). De ella dependen los tres pilares en que se asienta el sentimiento de sí, aquellos que menciona Freud en “Introducción del Narcisismo”: los

residuos del narcisismo infantil, la omnipotencia confirmada por la experiencia y el ser amado. En cada caso lo que se confirma es el **reconocimiento de la imagen identitaria**. Reconocimiento que es importante porque, como nada garantiza que esa imagen, que está en cualquier lugar, **me pertenezca**, a la imagen debe agregarse otra cosa que la acredite como mía. El cuento de las dos gemelas lo ejemplifica bien. Dos hermanas gemelas limpian un desván, al salir una tiene la cara sucia y la otra no. Se miran y luego, la que tiene la cara limpia va a lavársela y la que la tiene sucia no. En el relato es importante que no intervenga la palabra, que actúen sólo las imágenes. La que tiene la cara limpia ve la cara sucia de su hermana, piensa que ella la tiene igual y va a lavarse. En cambio, la de la cara sucia ve la cara limpia de su hermana, piensa que la tiene igual y, por lo tanto, no encuentra razón para ir a lavarse. Por supuesto que de haber intervenido la palabra el desenlace hubiera sido otro. La palabra tiene, a veces, el poder de quebrar esa captura imaginaria y, en tal caso, la de la cara sucia habría encontrado **'larazón'** que acredita que la que le **pertenece** es **'su'** cara y no la de su hermana. La identidad implica una relación de pertenencia. Así, la identidad racial es la pertenencia a una raza, la sexual a un sexo, como en

otros casos lo es a un grupo, a una familia, a una profesión, etc.. El pivote simbólico de ese reconocimiento de pertenencia es el ideal del yo. Yo me reconozco perteneciente a un sexo, me reconozco argentino ,médico, etc., pero en cada caso tengo que contar con aquello que me acredite como tal. Las credenciales tienen que ser reconocidas por el espejo del ideal para recibir crédito. La identidad supone un crédito que, llegado el caso, puede faltar. Tal crédito está dado por nuestros semejantes, por la sociedad, pero más fundamentalmente por nuestra conciencia.

Ahora bien, la conciencia nos da ese crédito en tanto 'la imagen' se ajuste al espejo del ideal, que está resguardado por la desmentida y la represión (la formación de un ideal es la condición de la represión). Como la identidad depende de ese reconocimiento por la conciencia, regulado por las defensas del yo, las imágenes que la componen siempre estarán 'maquilladas', quedando otras en lo inconsciente del yo.

Cuando 'la realidad' hiere el narcisismo se puede desmentir la percepción resguardando la identidad de percepción. Cuando en la conciencia aparece algo de lo reprimido se recurre a la negación como sucedáneo intelectual de la represión, o, se lo siente como

ajeno, resguardando la identidad de pensamiento. El yo del sujeto, lejos de ser unitario, es un conjunto de personajes. De tal modo la relación de pertenencia entre **yo** y **me** (la imagen), que marca la identidad, es muy arbitraria. No obstante se establece y el sujeto puede decir: 'esa imagen **me pertenece**'. **Yo** reconoce a **me** como aquello que le pertenece, tal como el bebé pertenece a la madre. Y si la madre tiene al falo en su bebé, el **yo** lo tiene en **me**. Así como la madre limpia a su bebé, el **yo** le puede limpiar 'la cara' a **me**.

Como la imagen **me pertenece**, luego también tiende a pertenecerme aquello donde se ubique esa imagen. Así, en la homosexualidad y el enamoramiento **me** está puesto en otra persona, el **-yo me amo-** pasa a ser el **-yo amo a me-**; la transformación de amor en odio posibilita luego la paranoia. En la melancolía **me** es un objeto en la persona propia -"la sombra del objeto cae sobre el yo"- . En el voyeurismo-exhibicionismo y en el sadismo-masoquismo hay un juego de permutaciones entre **yo** y **me** que se desarrollan entre la persona propia y la ajena. En todos estos casos 'el objeto', la otra persona, es un 'otro yo', lo que acá llamamos **me**. También puedo desentenderme de esa relación de pertenencia y adjudicársela a otro, rechazándola, o, incluso, sentir que es otro el

que la posee privándome de ella o dejándome excluido, lo cual hace a los sentimientos de envidia y de celos. Los 'derroteros' de la imagen y sus márgenes de 'movimiento' dependen de fantasmas inconscientes, que procuran 'estabilizarla', y hacen a la 'imagen de mundo' que vive el sujeto.

Que esa relación de pertenencia nunca es segura lo prueba el hecho de que cuando vemos en forma sorpresiva nuestra imagen reflejada hay un fenómeno de extrañamiento que puede llegar a lo ominoso, como describe Freud en un ejemplo propio. El sentimiento de sí que brinda el espejo de la identidad siempre está sujeto a momentos de empañamiento de los que depende, entre otras cosas, la fluctuación de la autoestima.

Una vicisitud especial en los avatares de esta imagen la constituye la angustia. Se rompe la ilusión especular entre **yo y me**, el sentimiento de sí tiende a desvanecerse. El soporte simbólico deja de sostenerla, la imagen se autonomiza y muestra su sombra; se torna amenazante, ominosa. El otro que yo soy desaparece y, como dice Green (2) "el afecto de angustia traduce el esfuerzo del Yo para llegar a cualquier precio a una representación de sí"; recuperar la identidad que lo rescate del abismo de los infiernos, el incesto. El

sostenimiento de la identidad, que nunca es seguro, protege del 'contacto' incestuoso.

Como el sentimiento de sí, tal como lo describe Freud, depende de esta estructura de la identidad -que es simbólico-imaginaria-, nos hemos preguntado si no puede describirse otra cualidad de sentimiento de sí autónoma respecto a esos registros, -real-. La misma, si la hubiere, no podría estar dada por la angustia, afecto que aparece ante "el desequilibrio en la economía de libido narcisista" que empaña la identidad y desvanece el sentimiento de sí. En lo que sigue nos ocuparemos de esta cuestión.

Un ejemplo clínico

Mabel, una mujer de 37 años, consultó por **ser** alcohólica. Durante la entrevista me sorprendí al escuchar que hacía 4 o 5 años que no tomaba una gota de alcohol. Concurría a un grupo de alcohólicos anónimos y desde entonces había abandonado completamente la bebida; no obstante se presentaba como 'liquidada por el alcohol'.

'Tomó' tratamiento a una frecuencia de 3 sesiones semanales. En los primeros meses un tema que ocupaba mucho lugar en mi mente era

el suicidio del padre. El mismo había acontecido hacía 10 años, fue algo sorpresivo y traumático para toda la familia, especialmente para Mabel, la menor de tres hermanas, que fue la que encontró el cadáver. Su adicción a la bebida era previa a este acontecimiento. Había comenzado en forma insidiosa en la adolescencia.

A poco de iniciar análisis dejó de concurrir al grupo de alcohólicos anónimos y apareció un síntoma nuevo que llegaría a ser muy preocupante: el vértigo. Comenzó a tener ataques de vértigo que la asaltaban en cualquier momento. Cuando le ocurría en la calle tenía que sentarse en el suelo y esperar que le pasara; otras veces le pedía a algún hombre que pasaba que la abrazara, eso interrumpía el ataque. Otro 'remedio' que calmaba el vértigo era el alcohol, al que había vuelto. El sentido sexual del síntoma, que había aparecido con la transferencia, resultaba claro. Mabel hacía años que no tenía vida sexual, durante un período de su vida -entre los 20 y 25 años-, ésta había sido promiscua y casi siempre asociada a la bebida, se emborrachaban en grupo y a veces, según decía, ni se acordaba con quién había pasado la noche. Era como una sexualidad 'sin yo', que aparecía como vértigo, atraída por la transferencia. En ese período

nunca sufrió de vértigo en la sesión y, por la ansiedad que éste le provocaba, aumentó la frecuencia de las mismas a 5 por semana.

El análisis del vértigo giraba a la vez alrededor de la figura del padre y su suicidio: el tiro en la cabeza, ésta 'inundada' de sangre, lo 'incomprensible' de aquella determinación extrema -de la que Mabel era ajena- y, más allá de lo 'incomprensible', el 'crimen pasional' -que ya incluía a Mabel como protagonista-. Mis silencios le resultaban insoportables. El fantasma del padre la acosaba y yo consideraba su vértigo como una identificación al mismo y a la escena del 'crimen'. En las sesiones la vivencia era que 'me abrazaba' y yo 'la abrazaba' con mis palabras; en las mismas la ansiedad se aliviaba de inmediato; la 'sed' de afecto que manifestaba Mabel era enorme, parecía una 'huérfana' y, en la transferencia, 'yo'(qué objeto era 'yo?') era 'la fuente que la saciaba'. La vivencia, en el mismo dramatismo, era embriagadora, 'yo' era todo y ella se entregaba totalmente, 'sin límites'. Cuando le señalaba la relación entre esa 'entrega total' y sus vértigos decía que era justamente lo opuesto.

Después de ese primer año, paulatinamente fue cobrando importancia en el análisis la figura de la madre, llamativamente ausente en sus asociaciones aunque "vivían pegadas" -vivían en

casas vecinas-. La relación con la misma era 'adictiva'. Coincidiendo con ese giro del padre hacía la madre ocurre un 'suceso externo', al que le pude encontrar mucha analogía con el suicidio del padre aunque en su forma manifiesta era algo muy distinto: una quiebra económica que la llevó a interrumpir el tratamiento.

Meses después lo retoma, nuevamente a una frecuencia de 3 sesiones. En el interín había vuelto a abandonar la bebida pero sus ataques de vértigo continuaban y, esta vez, empezaron a manifestarse en las sesiones. Durante los mismos no podía mantenerse recostada en el diván y se sentaba. Fue durante uno de esos ataques que se me ocurrió dirigirme a ella por su nombre. El efecto fue notable. La crisis de vértigo se suspendió, pero, sobre todo, noté un cambio en su mirada -Mabel era estrábica- donde, por primera vez, me pareció que me miraba, o, lo que también es válido, que yo por primera vez la miraba. Tal vez pronunciar su nombre tuvo más efecto en mí que en Mabel; fue como si por un instante se quebrara un 'hechizo' y fugazmente pudiera verla más allá de sus fantasmas.

La ocurrencia de pronunciar su nombre derivaba de un material que había aparecido sobre el final de la primera etapa del análisis. Mabel

había contado que su madre nunca la había llamado por su nombre, tampoco a sus hermanas; a todas las llamaba -'querida'-. En aquel momento relacionamos ese hecho con su pertenencia a 'alcohólicos anónimos', lugar que le daba una identidad -ser alcohólica-, aunque anónima, como lo era para su madre.

A partir del efecto que tuvo pronunciar su nombre volvimos sobre el análisis de esa relación 'anónima' con la madre. Consideré que 'alcohólico' remitiría pues a algo 'anónimo', previo al nombre; que el vértigo ponía en escena eso anónimo y que el alcoholismo era una suerte de actuación del vértigo. Pensé entonces el vértigo como expresión de una excitación sexual arcaica frente al cuerpo, sin límites, de la madre; volver a 'su sangre', ser tragada por un abismo, un éxtasis. El suicidio, el 'crimen pasional', formaba parte de esta imagen terrorífica. El alcoholismo, como actuación, le daba identidad (de acción) a esa escena: ella era 'la madre voraz y abismática' y el 'líquido-lo liquidado-el feto' aquello que se perdía en su interior. Toda su sexualidad, ausente en otros sentidos, estaba presente en esas escenas mudas; pero salvo la ansiedad, que era desbordante, no emergían otros afectos de las mismas. La culpa, el dolor, la vergüenza, los celos, parecían no haber nacido.

Pronunciar su nombre lo entendí como algo, que más allá de su carácter simbólico, ejerció, fugazmente, un 'efecto real' de corte en esa excitación fusional. Repasar este material me llevó a considerar si era posible pensar el propio nombre como aquello que marca, como una cicatriz umbilical, la **mismidad**, lo que separa ineluctablemente del 'cuerpo de la madre'. Indudablemente podemos asociar ese 'corte', esa 'herida', que hace sentir el 'propio cuerpo' como diferente del 'cuerpo de la madre', con la vivencia de dolor, y a ésta, por tanto, como aquello que lleva al encuentro con nuestra **mismidad**. Lo que en otro trabajo hemos llamado Yo Dolor (4). De ser así, esta dimensión del nombre no correspondería a la estructura de la identidad. La identidad, como dijimos, se estructura alrededor de la imagen de satisfacción, la vivencia de mismidad, en cambio, dependería de la vivencia de dolor.

Algo que resultaba muy claro en Mabel era que, junto a su aumentada propensión a la angustia (el vértigo era el síntoma de una neurosis de angustia), presentaba una marcada incapacidad para experimentar las vivencias de dolor. Esta relación inversa entre angustia y dolor es notoria en muchos pacientes. Por otro lado su angustia guardaba relación con su labilidad para sostener el

sentimiento de identidad. En sus crisis de vértigo quedaban suspendidas las imágenes identitarias encontrándose con una ausencia de sí misma. Perder esa prueba especular de existencia que es la identidad desencadenaba la angustia. Ocurría entonces, como última defensa ante el dolor, una identificación directa con las imágenes, ahora autónomas, del 'espejo'; 'los espectros'. Una identificación que, a diferencia de las que hacen a la identidad, tiene las características de una 'posesión' que ocupa 'lugares vacíos de yo'. Esos 'lugares vacíos de yo' son como 'canales abiertos', que el vértigo de Mabel ponía de manifiesto y que le permitían hundirse y perderse en 'el cuerpo de la madre', poblado de fantasmas. Se perdía así en el mundo, sin nombre, del incesto. Había un 'vaso comunicante', con ese 'yo originario', que permanecía abierto y por el cual el alcohol volvía a hacer circular la 'sangre materna', lo anónimo.

Un carácter clínico de estos estados, notorio en Mabel como en otros pacientes, es que no tienen acceso a la palabra aún cuando sean ruidosos y que no dan lugar al dolor del duelo.

En las sesiones era relativamente fácil rescatarla de sus crisis, aunque en esos momentos mi sensación era que yo funcionaba

como un vaso de alcohol; más difícil era el análisis de la angustia. Con éste entramos en una dimensión dolorosa del tratamiento. Cuando su 'adicción' al análisis fue cambiando de cualidad le empezó a resultar penoso venir a las sesiones y, sobre todo, hablarme y que yo la escuchara. Así decía: "Me siento muy rara hablando así", "Me parece que lo que digo 'no tiene cuerpo'" o "No puedo hablar, es horroroso" "Antes no tenía dificultad de hablar". Ese 'no cuerpo horroroso' era el cuerpo inerte del padre, el cuerpo abismal de la madre, una escena primaria arcaica, sin nombre, que 'la liquidaba', 'cuerpo' con el que estaba identificada y que ahora se le presentaba en la transferencia. Se podría decir que la a-dicción **es** esa identificación y el hablar -la dicción- es empezar a exorcizarla. 'Yo', ahora, era algo diferente; desapareció la vivencia 'embriagadora'. El 'exorcismo' de esos 'cuerpos', con los que estaba identificada, implicó encontrarlos en la transferencia, lo que tornaba penoso el análisis dando lugar, paulatinamente, a la aparición del dolor y al duelo; a la vez fue desapareciendo esa 'imposibilidad de hablar'. Era notoria la imposibilidad de las vivencias de encontrarse con las palabras, Mabel expresaba que no entendía qué era hablar de lo que sentía, imaginaba que lo que sentía saldría como un líquido de su boca

quedando ella misma licuada, “una sensación espantosa”. Podía dar esta imagen surrealista, pero no podía decir -ni sentir-, por ejemplo, que tenía ganas de llorar. Resultaba claro que, ahora, mi presencia era sentida con otra cualidad, era otro ‘diferente’ que la perturbaba despertando celos ‘sin nombre’; hablar de lo que sentía establecía esa diferencia dolorosa.

Esta vivencia de despersonalización, de desrealización, de ‘hemorragia narcisista’, ligada a hablar de vivencias dolorosas, la he encontrado en otros pacientes. Me parece que para avanzar en su comprensión habría que investigar en las vicisitudes de la ‘vivencia de dolor’, tema que Freud esbozó pero que no desarrolló como lo hizo con la ‘imagen de satisfacción’.

Si estamos de acuerdo que el dolor establece y garantiza un ‘cuerpo propio’ con su diferencia del ‘cuerpo de la madre’, es a partir de que ‘hay cuerpo propio’ que la palabra, ya diferenciada de éste, puede darse, servir al intercambio y libidinizar las sensaciones o ser libidinizada por éstas. Fuera de eso, los afectos son ‘cuerpo no nacido’.

En esa etapa dolorosa del análisis fueron desapareciendo sus crisis de angustia y, paralelamente, pudo verbalizar fantasías hasta ese

momento ausentes. Para dormir fantaseaba que una gran manta marrón la envolvía (marrón era el color de la alfombra de mi consultorio), otra fantasía era que la lamían por atrás y ella vaciaba sus heces en la boca del partenaire. Pensar eso “la ponía loca”. En las mismas cobraban mayor figurabilidad sus objetos edípicos -falo del padre, cuerpo de la madre-, las teorías sexuales infantiles y sus escenas en la transferencia pero, aparte de sus contenidos, me pareció importante la forma de tales fantasías. En ellas aparecían dos lugares discriminados que permitían un intercambio: dar-recibir, continente-contenido. Había ‘dos cuerpos’ diferenciados. Podría teorizarse que el cuerpo sin límites de la madre empezaba a aparecer con formas y limitado por el pene del padre en una versión anal. Esa ‘forma’ de las fantasías también se daba en las sesiones. Mis vivencias en ellas fueron variando. Me sentía más ‘libre’ para escuchar, menos invadido por vivencias y a ella más ‘abierta’ para escuchar mis intervenciones. Junto a eso también fue variando ‘mi imagen’ de Mabel, de provocarme rechazo, su figura pasó a parecerme más linda.

En ocasiones ella me sentía ‘hecho mierda’, lo que le provocaba un intenso enojo que la enmudecía. Pero este silencio era de otra

cualidad al que aparecía en su imposibilidad de hablar. Mabel 'cerraba la boca' evitando que yo volcara 'mi mierda' en ella. Más adelante pudo decir que, en los momentos en que yo 'era una mierda', le resultaba muy humillante hablarme, a la vez que sentía necesidad de hacerlo y que yo la escuchara. Esta referencia a la humillación –afecto muy ligado a lo anal- hoy me haría pensar, no obstante, que junto a la diferencia de 'cuerpos' estaba empezando a esbozarse la diferencia de sexos, que resulta más clara en la vergüenza.

Pensando ahora en este análisis, como en el de otros pacientes y en experiencias propias, me parece importante la relación entre el dolor y el poder verbalizar. El dolor, que marca la diferencia con el 'cuerpo de la madre' y permite sentir el propio, establece 'un cuerpo', a partir de allí habría acceso a la palabra hablada, palabra ya diferenciada de un 'cuerpo' y dirigida a otro. Creo que es la capacidad de conectarse con la vivencia de dolor y la vía que ella abre a la palabra dirigida a otro lo que presenta una vía alternativa a la angustia.

Por 'vivencia de dolor' debe entenderse el auténtico dolor -el corte que separa del 'cuerpo de la madre'-, diferenciado del dolor masoquista y del sufrimiento. Estos últimos ya están sexualizados en

el plano de la identidad. La vivencia de dolor, en cambio, haría al sentimiento de sí que es la mismidad.

Asociando el dolor a la mismidad y la angustia al desequilibrio en la estructura de la identidad, diría que el buen establecimiento de la primera -mismidad- funciona como sostén de la segunda -identidad-. En la medida que la vivencia de dolor es mejor aceptada, la identidad no necesita tantas defensas y sus eclipsamientos propenden menos a despertar angustia, posibilitando que los afectos que se despiertan sean llevados a la palabra que se da a otro. En cambio, cuando la vivencia de dolor es muy rechazada, la Identidad pasa a escribirse con mayúsculas, sus defensas se hacen notorias y sus quiebres desencadenan crisis de angustia.

A través de este ejemplo clínico introdujimos el concepto de **mismidad**, ligado a la vivencia de dolor y al 'corte' con el 'cuerpo de la madre'. Como lo diferenciamos del concepto de identidad vamos a agregar ahora algunas consideraciones que sustenten y esclarezcan más esta diferencia.

El propio nombre y la identidad - Lo uno y lo doble.

La idea de mismidad nos surgió hace algunos años estudiando lo traumático (6), pero, en éste artículo, la introducimos a partir del 'propio nombre'. Empecemos pues interrogándonos por el sentimiento de sí que da el propio nombre.

En su aspecto más visible también corresponde a la identidad y, en ese sentido, no difiere mayormente de lo que venimos diciendo. 'Yo me llamo fulano de tal'. El **yo** y el **me** de la frase guardan la misma estructura que la identidad: **-yo** llamo a **me** fulano de tal-, **yo** reconoce a **me** como perteneciente a su clase. En familia esto puede ser suficiente, pero fuera de ella se hace evidente que necesito sustentar ese crédito con un papel. Yo soy 'fulano de tal', pero resulta que 'fulano de tal' sólo existe en un papel.

Sin embargo creemos que esto no agota las cuestiones que plantea el propio nombre y sospechamos que su función trasciende la que discerníamos para la identidad. Veamos. Si voy por la calle y escucho sorpresivamente pronunciar mi nombre, respondo al mismo automáticamente de igual manera que si hubiera recibido un golpe. Puedo asustarme, pero no hay ni pizcas de la sensación de extrañeza que puede generar mi imagen reflejada si se presenta en forma

inesperada. El nombre es una identificación que parece ir más allá, o ser de otra naturaleza que las de la identidad. Lo comparábamos a un golpe, y, desde cierta perspectiva, puede ser que sea algo más que una comparación. En el caso del ganado, para identificarlo, se lo marca a fuego en la carne; el nombre que portamos tal vez no sea tan diferente. Si creemos a los antropólogos, el origen del nombre deriva de marcas en la carne. En los ritos de iniciación el iniciado sufría una mutilación durante la ceremonia que iba acompañada por el nombre que a partir de allí lo identificaría. Tales ceremonias tenían el sentido, mediante la herida y el nombre, de separar al iniciado de los padres de origen ('la madre'). En esta perspectiva podríamos decir que el nombre (en lo simbólico) es una herida (en lo real). Nos surge una pregunta: el nombre (y más en general, la palabra), como corte con el 'cuerpo de la madre', es la vivencia de dolor?. Si lo es, la libidinización posterior de la palabra toma distancia de la misma, pero siempre quedan rastros de su origen. Podemos explicar la respuesta automática al nombre como efecto de 'una herida?', el nombre despertando memorias de 'la herida '?, será 'la letra' que con 'sangre entra?'. Hay otras semejanzas entre el nombre y la herida. El propio nombre, a diferencia de la imagen, es inalienable, del mismo

modo la herida que tengo es 'mía', y aunque otro tenga una herida igual, la mía es mía porque me duele. Aún en trastornos profundos de la identidad, hay respuesta al propio nombre. También si estamos dormidos y alguien pronuncia nuestro nombre nos despertamos. La identidad permite que nos mantengamos 'dormidos', pero nuestro nombre nos despierta, 'nos llama'. F. Dolto describe el caso de un niño adoptado al que se le había cambiado el nombre a poco de nacer. El niño presentaba serios trastornos, pero F. Dolto comenta que se produce una reacción notable cuando ella descubre su nombre original y se lo pronuncia. Recién mencionamos el efecto que tuvo en Mabel escuchar su nombre. Todo esto lleva a pensar que la identificación que da el nombre tiene que ver con algo más profundo o de otro orden que la identidad. El sentimiento de sí ligado al nombre parece corresponder a otra cosa que la identidad. Mientras ésta se sostiene en la **semejanza** especular (imagen de satisfacción), el propio nombre 'marca' una **diferencia** (vivencia de dolor). El propio nombre parece guardar relación con lo uno, lo que es único, en cambio, la identidad, con lo doble, lo especular. La identidad indica la pertenencia a un conjunto (sexo, raza, filiación). Cuando el propio nombre funciona en el plano de la identidad va

acompañado del apellido que señala la pertenencia a un conjunto --la filiación-, pero cuando funciona para indicar lo único cambia su estatuto, ya no marca una pertenencia, una semejanza, sino una separación, una diferencia. En este último caso se le puede aplicar lo que Rosset (7) describe como la paradoja matemática: un elemento existente que pertenece a un conjunto no existente, o la paradoja aritmética: una unidad igual a uno pero que es incapaz de dar dos si se le añade una segunda unidad.

La distinción, la semejanza y la diferencia.

Como antes dijimos las identificaciones que hacen a la identidad se componen de dos lugares: un fundamento que identifica (ideal del yo) y una imagen identificada que se mide desde tal fundamento. La identidad, en sus coqueteos con el espejo del ideal, siempre está maquillada, necesita parecerse a... .También decíamos que ese fundamento ideal caracteriza la pertenencia a un conjunto, que es lo que define la identidad. Sin embargo por identidad suele entenderse aquello de una persona que le permite distinguirse de las demás. Ser él mismo y no otro. Pero, al ser la identidad producto de la

identificación a un otro, qué establece la distinción?. En este punto conviene diferenciar la distinción -el rasgo de distinción- de aquello que hace a la diferencia. El rasgo de distinción es algo que sólo puede darse en el interior de un conjunto semejante: ser el mejor deportista por ej.. Destacarse, distinguirse, es algo que acontece dentro de una escala común, precisa como requisito pertenecer a un grupo de semejantes, de iguales que comparten una imagen común (la identificación de la masa al líder sería el ejemplo paradigmático de lo que decimos). Considerada en este nivel, la identidad (imagen de satisfacción) implica como prerrequisito el rechazo de la diferencia (vivencia de dolor); luego la distinción puede darse sobre un fondo de igualdad. Es en ese plano que puede haber comparación: ser mejor o ser peor, tener más o tener menos, allí se dan los sentimientos de envidia, de celos, de culpa y aún de angustia; afectos todos que pertenecen al plano de la identidad. En cambio el dolor, el auténtico dolor (el que no es sufrimiento, el que no da lugar a quejas), no es por ser peor o tener menos, es por ser 'diferente'. La diferencia es aquello que por ser único no pertenece a un conjunto. Y eso, que es único, es dolor. Adscribiríamos la vivencia de dolor al punto de corte, separación y diferencia con el 'cuerpo de la madre'.

Nuestra hipótesis es que es a partir de esta diferencia que se pueden hablar los afectos que se despliegan en el plano de la identidad; afectos que, fuera del habla, son 'cuerpo'.

La paradoja de la diferencia. Identidad - Mismidad

Pero, cómo se presenta la diferencia en el plano de la experiencia analítica?. En una primera aproximación podemos decir que todo aquello que presenta la diferencia -la vivencia de dolor-, a la inversa que el rasgo de distinción, es rechazado. En segundo lugar diremos que aquello que presenta la diferencia, lo único, paradójicamente, es algo de lo más universal a lo que analíticamente aludimos con el término castración. La castración, siendo universal, es aquello que nos pone en contacto con nuestra mismidad, lo que tenemos de inalienable y que aprendimos a diferenciar de la identidad, que siempre implica cierta alienación.

Habitualmente tiende a usarse el concepto de mismidad confundiéndolo al de identidad. No es nuestra postura, que, como se puede apreciar, diferencia a ambos. La identidad es el sentimiento de sí en tanto pertenece a un conjunto. La mismidad es el

sentimiento de sí en tanto diferente al conjunto. El primero es un sentimiento de sí ligado al deber ser, a la norma, depende del orden simbólico. La mismidad es el sentimiento de sí ligado a lo que es, lo real. Y eso que es, es dolor.

En la identidad, lo que es, y únicamente es (dolor), no puede ser tenido en cuenta porque necesita *justificarse*, encontrar *razones de ser*, en un principio exterior que oficie de fundamento y respecto al cual se mide, lo cual lleva al paradójico resultado que lo que es, y sólo es, desde la perspectiva de la identidad no es.

Así nace la idea de una 'falta', constitutiva del orden simbólico, que excluye por definición el orden real, entendiendo por real lo que es, y únicamente es. La paradoja de la identidad consiste en que es una referencia al sí mismo que sólo se sostiene en un fundamento que está en otra parte. El yo de la identidad 'faltaría' siempre a su propia causa. Esa 'falta', en todos sus sentidos, no es ajena al sentimiento de culpa, a estar en deuda con el ideal, como tampoco lo es al vacío en razones de ser que, tal como dice Lacan (3), caracteriza a la necesidad, neurótica, de justificar la existencia. La identidad, por sí sola, es una base endeble para sostener el equilibrio narcisista.

El vacío ficticio que llena la identidad es la pura diferencia del orden real (que nunca entra en los conjuntos del orden simbólico), diferencia a la cual aludimos en la teoría como castración. A este plano corresponde lo que llamamos mismidad. Si la identidad es el sentimiento de sí dado por el orden simbólico, la mismidad es aquel otro que guarda relación con lo real. Dice Meyerson (9) que la identidad es aquella inevitable tendencia de la razón (en rigor no es una tendencia, responde a la estructura) a reducir lo real a lo idéntico, esto es, a sacrificar la multiplicidad de lo que es a la identidad con vistas a su explicación. Al hacer inteligible lo real transforma lo que **es** en **deber ser**. Por su parte lo que **es**, es ininteligible, pero **es** y, sobre todo, es doloroso. Lo que **es**, y sólo **es**, es dolor. Si el desequilibrio de libido narcisista que hace zozobrar la identidad genera angustia, la aceptación de eso mismo (castración) genera dolor. Es el 'corte' que separa del 'cuerpo de la madre' y hace sentir el propio. Esa es, a nuestro criterio, la vivencia de dolor; una castración real. La imagen de satisfacción toma distancia de la misma, luego la castración simbólica la restablece y consolida. La castración simbólica no es, en su núcleo, una castración real?.

Por eso (por estructura) la identidad se configura a partir del rechazo de lo doloroso. Freud dice que es la vivencia de dolor **lo que se reprime**, no la angustia; la angustia, que anuncia la cercanía de la vivencia de dolor, es **lo que reprime**. El dolor, en cambio, tiene que ver con el **sepultamiento**, es un duelo. Lo que él llama "el primer modelo de represión psíquica" consiste en la desinvertidura de la vivencia de dolor. Luego la investidura se deriva hacia la imagen de satisfacción -el deseo-. La identidad de percepción defiende esa imagen con la desmentida de lo doloroso. Al agregarse el registro de la palabra, toma la posta la identidad de pensamiento que se defiende de lo doloroso por la represión. Así dice Freud que "la clave de la doctrina de la represión" es "que el segundo sistema sólo puede investir una representación si está en condiciones de inhibir el desarrollo de *displacer* que parta de ella."

La elusividad de lo real entonces, tal vez no resida tanto en su carácter ininteligible -'lo irrepresentable'- sino, como lo explica Rosset (7), en su carácter doloroso.

Otra diferencia entre ambos ordenes es que la identidad es durable, es extensa en el tiempo, mientras que la mismidad (lo que es) es fatal e ineluctable pero fugaz. En esta cualidad tal vez radique el

carácter curativo de lo real que, como todo 'remedio' poderoso, también puede matar. La identidad, al tener que sostenerse negando lo que es, logra, paradójicamente, perpetuar lo que es (lo reprimido, por serlo, no desaparece, sigue creciendo en la oscuridad), perpetuando, a la vez, el sufrimiento concomitante que se deriva del dolor rechazado. En cambio, el dolor de lo que es, es cruel (crudo) pero carece de posibilidades de sostenerse. Es del orden del instante. Al 'entrar' en la multiplicidad de lo que es y por el hecho de ser, deja de ser. El dolor aceptado se convierte rápidamente en otra cosa. Freud aludía a esto como la aceptación del mandato de la realidad que concluía el doloroso trabajo de duelo.

Si estamos de acuerdo que el dolor -yo dolor- es aquella prueba de existencia tan categórica que no admite la duda cartesiana, resulta sugestivo que a su vez no admita la forma 'yo' (la gramática no admite la forma 'yo duelo' o 'yo me duelo', como la admite en 'yo amo' o 'yo me amo'). Sí puede decirse 'me duele', pero, en tal expresión, queda impreciso dónde está **yo**. En '**me duele**' es otro el agente del **dolor, dolor** que implica un **duelo, duelo** que inaugura un **yo, yo** que ocupa un vacío de **otro, otro** que deja de ser **yo, yo**

que ahora se recorta “desprendiendo de sí un mundo exterior”. **“Yo he nacido de mi dolor” - Artaud.**

BIBLIOGRAFIA

- 1 Cesio, Fidas El Yo -La Peste de Tebas N 18**
- 2 Green, André El Discurso Vivo -Editorial Promolibro**
- 3 Lacan, Jacques Escritos -Buenos Aires, Siglo XXI**
- 4 Loschi, Alberto Identidad de Acción -La Peste de Tebas
N13**
- 5 “ Yo Dolor -La Peste de Tebas N16**
- 6 “ La Situación Traumática -Rev. CIPEA N2**
- 7 Rosset, Clément El Principio de Crueldad -Pre-Textos**
- 8 “ Lo Real y Su Doble -Tusquets Editores**
- 9 Ferrater Mora Diccionario de Filosofía**